



# LA SOMBRA DE SU PASADO

*Elizabeth Bermúdez*



Título: *La Sombra de su pasado*  
© 2019, Elizabeth Bermúdez

De la maquetación: 2019, Romeo Ediciones  
Del diseño de la cubierta: 2019, Alexia Jorques  
De la corrección: 2019, Manuel Zamora

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

# ÍNDICE

-Prólogo-

-1-

-2-

-3-

-4-

-5-

-6-

-7-

-8-

-9-

-10-

-11-

-12-

-13-

-14-

-15-

-16-

-17-

-18-

-19-

-20-

-21-

-22-

-23-

-24-

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

[Otros libros de la autora](#)

*A todos mis lectores,  
espero que esta historia os guste tanto como las anteriores.*

*A mi madre,  
que siempre se le saltan las lágrimas cuando lee mis novelas.*

*A mi familia,  
por su apoyo incondicional.*

## -Prólogo-

*Año 2001, Londres.*

Tras un fin de semana lleno de festejos en la mansión de los duques de Gordon, Jasper, su único hijo, un niño de ocho años al que sus padres amaban con locura y era su prioridad, dormía en su confortable cama. Había caído rendido tras la carrera de caballos de aquella tarde. Los duques celebraban, como cada año, su aniversario de bodas. Invitaban a amigos íntimos y familiares a pasar el fin de semana en la gran casa que tenían en Totteridge, rodeada de campos y naturaleza. Una auténtica maravilla.

Unas voces más altas de lo normal llegaron hasta la habitación de Jasper, situada en la planta superior de la propiedad. El niño se asustó un poco ante los sonoros gritos en el silencio de la noche. Cuando sus padres lo llevaron a la cama aquel día ya habían despedido a todos los invitados. No quedaba nadie más en la casa, tan solo ellos tres. Hasta el servicio se había marchado de descanso tras las intensas horas de trabajo. Jasper, alertado por las continuas voces que le eran familiares, salió de la cama decidido a ver qué ocurría en el salón de su casa.

El ambiente familiar en el que vivía y se había criado era inmejorable. Fue testigo diario del amor que se profesaban sus padres, y nunca los había oído pelear ni discutir. A los ojos de todos eran una familia modelo. Por ello, le extrañó tanto aquella acalorada discusión en medio de la noche.

A medida que Jasper recorría el largo pasillo que iba desde su habitación hasta las escaleras principales de la gran mansión, que daban directas al salón, las voces y gri-

tos se incrementaron. Reconoció con claridad la voz de su padre, estaba muy enfadado. Su madre lloraba entre lamentos y la voz de su tío, Nelson, también apareció. No tenía mucho trato con él, lo había visto poco, pero tenía un timbre de voz ronco, muy significativo, que era difícil de olvidar.

Jasper se quedó unos minutos agazapado entre los barrotes de la escalera y observó la escena que tenía delante de sus ojos antes de bajar. Su padre y su tío Nelson reñían de una forma muy acalorada, hacían aspavientos con las manos, incluso llegaron a empujarse. Beatrice, la madre de Jasper, se interpuso entre ambos para que no llegasen a mayores. De repente, en todo ese gran revuelo de discusiones, Nelson sacó una pistola de la chaqueta y apuntó directo a Thomas al pecho. Estaba decidido a todo, esa noche había llegado con la firme decisión de recuperar lo que era suyo y que su hermano mayor le había arrebatado. Beatrice se interpuso de nuevo entre su marido y su cuñado, trató de arrebatarse la pistola a Nelson, pero este se resistió. No estaba dispuesto a perder una vez más. En el intenso forcejeo entre ambos, en el que Beatrice le rogaba que bajase el arma, intentó quitársela de las manos, el sonido de una bala resonó por toda la estancia. Jasper pudo ver de inmediato cómo su madre caía al suelo y como la sangre manaba de su abdomen. Thomas se arrodilló de inmediato junto a ella y la tomó en sus brazos, gritó y acusó a su hermano con severas palabras, entre lamentos, mientras que acunaba el cuerpo de su amada esposa rogándole que no lo dejase. Nelson no pretendía herirla, quería demasiado a su cuñada como para infligirle daño alguno. Se quedó paralizado al verla entre los brazos de Thomas medio moribunda.

Lamentablemente, tras unos segundos de agonía, en los que intentó despedirse de su marido sin éxito, Beatrice cerró los ojos para siempre.

Una rabia incontenida embargó a Thomas tras comprobar que no había nada que hacer por ella, dejó el cuerpo de su esposa sobre la gruesa alfombra que presidía el salón, y se lanzó contra su hermano con el único deseo de matarlo.

Nelson estaba asustado, no había ido a casa de su hermano con el propósito de matar a nadie, solo llevaba la pistola como defensa. Cuando Thomas le golpeó, lo cogió desprevenido, le dio un par de puñetazos en la cara hasta que lo tiró al suelo. Continuó pegándole con todas sus ganas, solo quería matarlo como él acababa de hacer con la mujer de su vida.

Mientras, Jasper observaba toda la escena con lágrimas en los ojos, sin ser capaz de moverse. Estaba como paralizado. Quería hacer algo, pero sus extremidades no le respondían.

Tras unos minutos en los que se escucharon continuos golpes y graves acusaciones entre hermanos, donde se echaban en cara cosas del pasado que Jasper no conseguía comprender, el sonido de otro disparo sacó al niño del trance en el que se encontraba. Después, solo sobrevino un ensordecedor silencio que hizo que Jasper, tras largos minutos, con pasos poco firmes y el rostro bañado en lágrimas, se encaminase hasta el lugar del suceso. Siempre había sido un niño muy valiente, la situación no lo acobardó. Decidido, fue a ver qué más había pasado en el salón de su casa. Donde estaban su padre y su tío.

Los pequeños pasos de Jasper, que iba descalzo, apenas resonaron en el ambiente. Tan solo el audible grito de terror del niño, al descubrir a sus padres tirados en el suelo y ensangrentados, sacó a Nelson del estado de shock en el que se encontraba, sentado en el suelo junto a la chimenea, con la pistola aún entre sus manos.

Cuando levantó la cabeza con lentitud y vio a su sobrino ante sí, con el rostro bañado en lágrimas, las pupilas dilatadas por el terror que lo azotaba, y como temblaba an-



te la cruel escena que presenciaba, tuvo ganas de acabar con todo aquello de una vez y pegarse un tiro en la cabeza, pero le faltó el valor y el coraje necesario para hacerlo.

# -1-

*Londres, 17 años después.  
Año 2018.*

—Este *loft* es toda una pasada, Kate. De mayor quiero ser como tu abuela —le dijo Ada, mientras acoplaba cajas en el suelo y admiraba las vistas que tenía ante sí.

Ambas amigas compartieron una mirada cómplice y estallaron en carcajadas, ser como Meghan requería casi un máster.

La marquesa de Richmond, la abuela paterna de Kate, se caracterizaba por decir y hacer lo que le placía sin importarle ir en contra de las normas ni del decoro. Durante su larga vida siempre había optado por vivirla al máximo, y desde que era viuda se había encargado de supervisar que su único hijo y sus nietos viviesen felices.

Cuando descubrió que Kate era un alma libre encerrada en un mundo de normas ridículas, inculcadas por su estricta madre desde pequeña, le puso todo al alcance para que tuviese la vida que su nieta preferida deseaba. Le hizo un ofrecimiento que pocas personas hubiesen aceptado a la primera. La Marquesa le puso por delante las escrituras de propiedad de un lujoso *loft* en el barrio de Bermondsey, con unas vistas espectaculares a la Tower Bridge y un trabajo como el que Kate siempre deseó, que le diese independencia y libertad. A cambio solo tendría que renunciar a casarse con su prometido, un millonario financiero, y buscar su propia vida sin importarle el escándalo que esto causase en la sociedad londinense. Meghan estaba convencida de que esto le causaría un infarto a su nuera, una mujer que se había esforzado por casar a su hija con uno de los hombres

más rico de Londres y preparaba esa unión por todo lo alto. Minerva nunca estuvo de acuerdo con la carrera que su hija Kate escogió, por ello se encargó personalmente de que no ejerciese como psiquiatra. Cuando terminó la universidad y volvió a casa, se encargó de alejarla del mundo laboral. Le prometió que si la acompañaba durante algún tiempo a cenas y eventos sociales como los que ella acudía a diario, movería sus hilos y le conseguiría un empleo como el que deseaba. Kate confió en ella y lo único que obtuvo, fue verse comprometida con un hombre del agrado de su madre, como el que siempre deseó para la pequeña de la familia.

Cuando Kate le hizo saber que iba a romper el compromiso con Andrew, la amenazó con quitarle todo su apoyo y dejarla sin nada. Minerva Griffin era una persona muy influyente en la sociedad londinense, conocía a la flor y nata, y Kate sabía que si su madre se lo proponía no podría trabajar ni como limpiadora en ningún lugar de todo Londres. Pero si había alguien que disfrutaba llevándole la contraria a Minerva esa era su propia suegra. La marquesa de Richmond siempre supo que se casó con su hijo por la posición económica que le daba ser la mujer de Alan Griffin. Este se puso al frente del imperio naviero de su padre tras la repentina muerte del Marqués. Y lejos de todos los augurios de llevarlo a la ruina, ya que Alan solo tenía veinte años, lo llevó a lo más alto. Meghan estaba orgullosa de él, era trabajador, un buen padre y un buen marido, pese a no ver que su mujer lo único que hacía era gastar su dinero y manejarlo como a un títere, al igual que con sus tres hijos. Pero Kate había pasado demasiados veranos con la Marquesa y esta le mostró lo que era ser un espíritu libre y soñador. Por eso, más que le ofreció en bandeja la vida que ella siempre deseó, no dudó en coger lo que le brindaba. A cambio se ganó el repudio de su madre y la incompreensión de sus dos hermanos mayores junto con su padre, que la

catalogaron de loca e irresponsable, cuando dejó a su prometido plantado casi a las puertas del altar.

En esos momentos, Kate se encontraba en la etapa más complicada de su vida. Tan solo la apoyaban Ada, su mejor amiga, y su abuela. El resto de amigos y conocidos le habían dado la espalda por dejar a Andrew a pocas semanas de la gran boda. Pero no se dejó vencer por las duras acusaciones que recibió, solo quería una vida como la que siempre soñó, no como la que llevaba su madre y le había trazado con maestría.

—Tengo miedo —confesó en voz alta Kate mientras sus ojos se posaban en las turbias aguas del Támesis y se abrazaba a sí misma. Una sensación extraña le recorrió la columna vertebral.

Hacia un día gris, el viento y la velocidad con la que pasaban las nubes presagiaba que llovería en breve.

—Esto es lo que siempre has deseado —la animó Ada acudiendo a su lado—. Sí, lo admito, debe ser duro. Pero es una etapa necesaria para llegar hasta tus sueños. Siempre deseaste ejercer tu profesión, vivir sola, vivir de tu trabajo y encontrar el amor verdadero. Nada de lo que tenías antes era real. Por buena y por confiada te dejaste llevar por una madre egoísta que solo quería hacer de ti alguien como ella, pero gracias a Dios que tienes una abuela que sabe ver más allá, y supo verte. Ahora solo tienes que superar todo y adaptarte a esta nueva vida. Estoy segura de que te va a ir muy bien.

La convicción y la seguridad con la que Ada le habló hicieron que Kate se girase hacia ella y la abrazase con un profundo agradecimiento. Necesitaba sentir que alguien la apoyaba y la comprendía, no estaba loca como le habían dicho hasta la saciedad. Estaba segura de que romper con su vida anterior la había devuelto a la cordura.

—Gracias por todo —le susurró a su amiga.

—Eres como una hermana para mí, deseo que seas muy feliz y te voy a ayudar en todo lo que necesites. —Se

distanció un poco de ella, la tomó por ambas manos y cambió de tema—. ¿Cuándo comienzas en el trabajo?

—En una semana. Estoy nerviosa. Hace dos años que terminé la carrera y como bien sabes nunca he ejercido.

—Bueno... vivías en un mundo de locos —bromeó Ada—. Creo que tienes mejor currículum que muchos de los psiquiatras de este país. Estoy segura de que lo vas a hacer muy bien —la animó ya de forma seria, para transmitirle toda la confianza del mundo.

—Me han pasado todos los expedientes de los pacientes que voy a tener. Ya he estudiado algunos. La mayoría son personas mayores de los cuales sus familiares apenas desean saber de ellos.

La abuela de Kate le consiguió un trabajo en una clínica psiquiátrica en las afueras de Londres. El director le debía un gran favor y no se pudo negar ante la insistencia de la Marquesa.

—Ya sabes que estoy aquí para ayudarte en lo que sea. Solo tienes que pedírmelo.

Ada también era psiquiatra, tenía una consulta privada en el centro de Londres que cada día le iba mejor. Le había propuesto a Kate que fuese a trabajar con ella en varias ocasiones, pero esta conocía bien a su influyente madre y no deseaba interponer por medio a Ada. Cuando a Minerva se le metía algo en la cabeza, no le importaba a quién arroyase.

—Lo sé. Gracias por todo tu apoyo en estas semanas, han sido de locura.

—Ahora solo te queda disfrutar de este lugar y ser muy feliz. —Admiró el nuevo hogar de su amiga y presagió que todo le iba a ir muy bien—. Yo me marchó antes de que descarguen esas nubes. —Miró por la ventana y vio el cielo más negro que minutos antes—. Robert me prometió que hoy llegaría temprano para cenar.

—Dale un beso a Robert de mi parte —le dijo Kate a Ada ya en la puerta, despidiéndose de ella.

Robert era el novio de Ada, vivían juntos hacía solo unos meses. En las últimas semanas a Kate le dio apuro molestarlos tanto, pero ambos se portaron muy bien con ella.

Cuando Ada se marchó, Kate se quedó de espaldas al portón cerrado, observó su casa, se quedó pensativa en lo que le dijo Ada; solo le quedaba disfrutar de su nueva casa y ser feliz, y estas palabras retumbaron en su mente, como algo muy grande y pesado. Se dejó caer hasta el suelo, deslizó el cuerpo por él y sintió el roce de la madera en la columna. Se abrazó las piernas, las llevó hasta el pecho y fijó la vista en la enorme cristalera que tenía ante sí con un paisaje espectacular de la Tower Bridge iluminado, el río y los barcos que pasaban por él. Feliz, se dijo a sí misma. De ahora en adelante esa iba a ser su vida, esa iba a ser su casa y en ella iba a empezar sus sueños. Le dio las gracias en voz alta a su adorada abuela y tras unos minutos de reflexión, de paz y soledad se levantó y fue por el móvil, deseaba hablar con la Marquesa e invitarla a casa para dentro de un par de días, cuando hubiese guardado las cosas de todas las cajas en su lugar. Su abuela no solo le regaló ese *loft* y le consiguió un buen trabajo, hizo mucho más, le compró un coche y la autorizó en sus cuentas bancarias para que hiciese uso del dinero que necesitase. La madre de Kate, tras romper el compromiso con Andrew, la echó de casa y le quitó todo el apoyo económico, pero como era algo que Meghan había previsto, Kate no tuvo tiempo de verse sin nada ni desamparada, como era la intención de su madre. Su abuela se encargó de todo, la llevó a vivir con ella unos días y le brindó una vida como la que su nieta se merecía. A Meghan no le gustaba el bullicio del centro de Londres, desde hacía años vivía en el sur, en Sutton, una zona tranquila. Allí se dedicaba a su gran pasión, las plantas. Tenía un jardín que cuidaba con mimo y en el que pasaba la mayor parte del día cuando no hacía mal tiempo.

Kate pasó una intensa semana encerrada en su nuevo *loft*, mientras revisaba y estudiaba uno a uno los expedientes de los pacientes que conocería al día siguiente. Había hablado en un par de ocasiones con el director de la Residencia Morrison, dónde iba a trabajar, le había parecido un hombre muy amable que la puso al tanto del funcionamiento del centro y le comentó, para su tranquilidad, que tendría a su lado a dos psiquiatras más, por lo que Kate no estaba tan nerviosa. Siempre tendría en quién apoyarse.

La mañana que se tenía que incorporar al trabajo llovía en abundancia, conducía con precaución en el recorrido que tendría que hacer casi a diario, y aún no conocía bien, hasta el norte de Londres. El GPS le indicaba qué ruta coger, la Residencia Morrison se encontraba en un lugar apartado en medio de una propiedad en el campo. Según le había contado su abuela, la residencia fue la casa de los duques de Morrison siglos atrás, el último duque, sin descendencia alguna porque su único hijo murió de una enfermedad mental, dejó establecido que esa propiedad fuese destinada para curar a personas con enfermedades mentales, y así se había hecho durante años. Para Kate era todo un reto comenzar su carrera en esa residencia, tenía prestigio y por lo que había investigado, allí solo había internadas personas de cierto nivel económico.

Tras una hora de trayecto en coche, por fin llegó a la Residencia Morrison. Un lugar algo escondido en mitad del campo sin más zonas habitables cerca. Kate admiró la construcción nada más bajarse del coche, había dejado de llover y el cielo estaba despejado. Respiró hondo, se inundó de ese olor a tierra mojada que le encantaba y se encaminó con paso seguro a la majestuosa entrada, diciéndose que era un lugar maravilloso donde tiempo atrás habría albergado fiestas y celebraciones entre nobles de la alta sociedad londinense.

Al subir la escalinata hasta la entrada, se ajustó la gardina al cuerpo y se recogió la media melena alborotada